LA SOBERANÍA NACIONAL: ENTRE LA MODERNIDAD Y EL GLOBALISMO

Ignacio Sosa Alvarez

Pocos conceptos, como el de soberanía, nos remiten a los principios fundamentales de la organización social tanto en su ámbito interno, como en el externo. El concepto soberanía tiene una doble faz; una, de raigambre terrenal, muestra en forma descarnada la puja por el poder, está íntimamente vinculada con la fuerza y el conflicto. Otra, metafísica, respira a plenitud en el ambiente enrarecido de las nociones abstractas, impersonales, referidas a un derecho cuyos elementos fundamentales son, por entero, racionales.

La noción de soberanía, es usada como el filo de una navaja, para cortar una misma sustancia y dividirla en fuerza y en derecho como si de dos fenómenos de naturaleza distinta tratara. Sin embargo, la noción de soberanía invoca y provoca, en nuestro imaginario, tanto el momento de la violencia, del enfrentamiento directo de los contrincantes, del arrojamiento personal de los protagonistas, que todo nuevo orden requiere, como el del boato, la tranquilidad, "la serena majestad" con el que posteriormente se recubren los rostros, los gestos y la voluntad de aquellos que han sido capaces de destruir un viejo orden, un viejo derecho y sustentar uno nuevo.

En el concepto de soberanía, sea ésta en su acepción monárquica, popular o nacional, se presentan ligadas, contradictoriamente, las necesidades de cambio y de estabilidad social. Las primeras, se hacen evidentes en los momentos de transformaciones profundas, de etapas revolucionarias, en las coyunturas históricas que marcan el fin de una época y el inicio de otra, como las representadas con la aparición del absolutismo y de las revoluciones liberales, socialistas y nacionalistas. El absolutismo, por vez primera, utiliza la soberanía del príncipe para imponerse tanto al adversario papal como a los señores feudales. En las revoluciones liberales se advierte un cambio radical en el sujeto que detenta

Ignacio Sosa Alvarez é professor da Universidad Nacional Autonoma de Mexico.

la soberanía. En esta etapa, puede observarse el fin del poder absoluto del monarca y el surgimiento del pueblo como el verdadero sujeto de la soberanía. La era de las soberanías constitucionales coloca al *pueblo*, cuerpo con mil caras, de significado polisémico, encima de los monarcas y, lo que es más importante, a la ley por encima de arbitrios subjetivos. El ciclo se cierra con la aparición de un nuevo tipo de soberanía que postula como beneficiario del cambio no ya al individuo, sea éste príncipe o empresario, sino a la nación, a la colectividad. Superadas las etapas de cambio, en las que los nuevos actores sociales han vencido a sus oponentes, se advierte la conveniencia de que el nuevo orden surgido de la violencia, sea presentado no ya como resultado de ésta, sino de un orden “natural”, que trasciende cualquier circunstancia y, en consecuencia, ofrece seguridad a todos los que, en forma debida, lo acaten.

Por otra parte, la noción de soberanía se refiere tanto a la suma, concentración y verticalidad del poder, del mando, características del absolutismo, como de la división de poderes, de la horizontalidad de los mismos y, en particular del mando, como consecuencia incluíble de la teoría de la igualdad social que sustenta el liberalismo. En la teoría de éste, a la noción de igualdad le es inherente el acuerdo, el consenso, la libre discusión sobre los límites del poder, los derechos del individuo ante él y, en lo fundamental, a las formas de obediencia democrática.

* * *

Con los anteriores señalamientos se puede comprender la identidad entre soberanía y conflicto que ha caracterizado al mundo moderno. La larga serie de conflictos internos y externos que se han dado, tanto en la única potencia de capitalismo temprano, como en las potencias de capitalismo tardío, así como en los países en las que la aurora del capitalismo no aparece por completo, tienen como denominador común el hecho de que en todos ellos se busca establecer un mando supremo, “un poder soberano”, capaz de imponer un orden indiscutible y universalmente aceptado.

De la serie de fenómenos que el fin de la Guerra Fría ofrece al analista, ninguno más reiterado que el de re-pensar. Para los vencedores de esa guerra, los intereses estadounidenses, la tarea que ahora cumplen en forma urgente y afanosa, es la de repensar la política interna, la externa, al gobierno, al Estado y, no menos importante, la soberanía.

La incesante tarea de re-pensar¹ la nueva organización mundial, arroja como resultado, el abandono de la noción de soberanía nacional, no así la de soberanía popular. Si bien la primera fue útil en su momento, ahora es vista como chatarra que tiene como destino el basure-

ro de la historia. Para Charles Krauthammer, por ejemplo, “la tendencia que se seguirá en las naciones industriales de occidente, una vez que se vencieron los peligros del totalitarismo fascista y soviético, es la de fortalecer los vínculos culturales, económicos y tecnológicos. Este significaría, en su opinión, la conciente depreciación no sólo de la soberanía estadounidense, sino la noción de soberanía en general”. Sin embargo, añade, la afirmación no es una idea tan exagerada como parece y anota: “En la Europa de hoy, unas de las más grandes potencias mundiales de los últimos quinientos años, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Holanda, España y Portugal, se encuentran envueltas en lo que Robert Hormats, correctamente, denominó la transferencia voluntaria de soberanía más grande en la historia mundial”². Si eso sucede con las potencias que han dominado el mundo en el último medio milenio, cabe preguntarse cuál será la suerte de la soberanía en aquellos países que, como el nuestro, han reclamado su independencia política y económica argumentando el derecho que tienen a la autodeterminación y a la no intervención en sus asuntos internos. En otras palabras, la interrogante puede formularse de varias maneras: ¿La transferencia de soberanía será voluntaria u obligatoria? ¿Qué beneficios o qué perjuicios se derivarán de una u otra opción? ¿La “transferencia” eliminará la cuestión toral de la soberanía que se refiere al mando, al poder efectivo? ¿Quién mandará y con qué mecanismos? ¿Qué cuota aportará la sociedad mexicana a ese nuevo orden?

Estas y otras cuestiones se han venido debatiendo insistentemente en medios académicos y políticos internacionales y nacionales, aunque, a decir verdad, en México se ha insistido más en la glosa de lo que se ha pensado más allá del Río Bravo, que en replantear la polémica en términos propios, vinculados con los requerimientos de la política interna. El re-pensar la situación de México, en el nuevo contexto internacional, ha sido como consecuencia de las iniciativas gubernamentales, modernizadoras se les llamó en el sexenio anterior, orientadas al desmantelamiento del modelo nacional-revolucionario.

La terminología política que para ese desmantelamiento se adoptó, más por imposición que por adopción, desde hace un par de sexenios, impuso una serie de neologismos caracterizados por el uso de prefijos que se emplean para precisar la aparición de nuevas etapas, coyunturas decisorias que cambian el rumbo que la sociedad había seguido. Los prefijos neo, post, y re, son profusamente empleados para ofrecer la nueva perspectiva surgida de la post guerra fría, sin embargo, el contenido específico de cada uno de ellos y, más importante aún, lo que significa para

cada uno de nosotros en términos de nuestra vida cotidiana, no es precisado en forma satisfactoria

* * *

Desde la perspectiva estadounidense, la síntesis de los contenidos desarrollados a través de los estudios caracterizados por la profusión de prefijos, su uso y abuso, está representada en la noción de globalismo. Ahora, a la luz de la propuesta sobre el globalismo, que aquí se entiende más como una propuesta descriptiva y valorativa más que como analítica sobre las tendencias actuales de la economía, se interpretan los derroteros que a mediano plazo seguirá la potencia estadounidense. La primera acepción de globalismo es la de un dominio universal. Este impondrá, necesariamente, el desmantelamiento del imperio soviético, tanto interno como externo, así como la reconversión de Rusia misma en una economía de mercado. El citado Charles Krauthammer, afirma que en este momento se repiensa todo, se reexaminan los elementos que servían para entender un mundo confrontado y en peligro. John Lewis Gaddis, por su parte apuntaba a principios de la década de los noventa, que considerando el porvenir económico ninguna nación, ni siquiera la URSS, China Sur Africa o Iraq, podrían mantenerse por sí mismas aisladas del resto del mundo. En su opinión, esto era así porque las naciones individuales dependen para su prosperidad, de la prosperidad de otros en una escala mayor que en el pasado. Gaddis concluía que esta forma de integración significaba que los actores transnacionales tales como las corporaciones transnacionales y los *cartels* económicos tendrían una poderosa influencia sobre lo que ocurriera en los estados nacionales³.

* * *

El término de globalismo remite a un encogimiento de los actores políticos tradicionales y a una redefinición de la noción de frontera, en función del comercio y del cambio tecnológico.

Respecto a la frontera se enfatiza su debilitamiento, su porosidad. Su función ya no es la defensa del mercado interno, ni el límite geográfico del poder nacional, por el contrario, ahora es un referente histórico que marca los límites de una época pretérita, limitada en sus alcances económicos y políticos, y un mundo que contiene fuerzas que, por su magnitud, requieren de espacios ilimitados. Estas fuerzas, por su parte, señalan que ya no es tiempo de países de opereta, himnos nacionales que ofrendan sangre y gloria; destinos nacionales que se cumplirán por encima de cualquier otro. El límite de la soberanía nacional no es otro que el de la globalidad. La primera termina donde la segunda comienza. Con

ésta, los escenarios nacionales y sus fronteras sólo existentes en los mapas de división política, se reducen a escala de aldea. Las aspiraciones nacionalistas, de un destino singular, se advierten como fantasías de político anacoreta.

El desarrollo comercial, de acuerdo a los intereses del globalismo, requiere de un incesante crecimiento que sólo puede darse desmontando el complejo sistema arancelario creado para evitar la competencia y favorecer a una burguesía incapaz e ineficiente que sólo debía su crecimiento al amparo que le brindaba una ideología nacional proteccionista, que aspiraba a la conformación y desarrollo de un mercado internacional. El así llamado desarrollo nacional, visto desde el globalismo, se hizo creando una economía ficticia, puesto que eliminó por decreto la competencia. Un desarrollo, si así puede llamársele, de un sistema no competitivo, protegido, sólo fue posible por el contexto internacional en el que, primero, prevaleció el fascismo que ponía el acento en el desarrollo autónomo y, posteriormente, el socialismo que significó una alternativa a la economía de mercado. En este contexto internacional, el desarrollo mexicano fue protegido, al unísono, por una burocracia y una burguesía que debían su existencia a la doctrina del nacionalismo que hacía de la soberanía su piedra angular. Sin embargo, a la luz del dogma de la competencia, basamento mismo del neoliberalismo, se hizo evidente la incompetencia, por igual, de gobernantes y empresarios aunque, también por igual, ambos trataran de culpar a una sola de las partes.

Los privados de iniciativa y los privatizadores del esfuerzo social, empresarios y políticos, mostraron no tener el aliento ni la capacidad para enfrentar con éxito la libre competencia. Por ello, en forma conjunta, con voz unísona condenaron al populismo. Esto significó, por igual, la descalificación de un modelo que pretendió crear las bases de la igualdad en el contexto de un mundo en el que prevalecían las desigualdades tanto en lo económico, como en lo político, así como la de los gobernantes que lo impulsaron.

La velocidad del cambio tecnológico, el más reciente componente del globalismo, se refiere tanto a su vertiginoso aceleramiento como a los cambios sociales que provoca. Como ejemplo baste señalar la forma en la que estos cambios tecnológicos han afectado al componente trabajo de la relación trabajo-capital, misma que antes se definía como la cuestión social. El aceleramiento del cambio tecnológico, en última instancia, es el indicador de la obsolescencia del mero trabajador manual.

Por último, y no menos importante, la globalidad marca el tiempo del triunfo de una país sobre el único otro que le disputaba la hegemonía

a escala global. Ahora, sin oponentes al frente, la globalidad aparece, como en la etapa ascendente de los imperios del pasado, con un ímpetu que no reconoce fronteras. Una sola realidad, una sola economía, una sola manera de entender y hacer el mundo. La ilusión de conformar un destino propio de, de establecer reglas de juego para equilibrar las asimetrías entre los fuertes y los débiles, los desarrollados y los que no lo eran, ahora se transforma en un lenguaje que vuelve a la simplicidad original. Una sola voluntad es la que señalará los límites de la soberanía. El re-pensar, el re-establecer, una vuelta a la tuerca, pero para establecer una nueva lógica pragmática, sin ideologías de primer, segundo y Tercer Mundo. Ahora, se dice, existe un solo mundo, una sola aldea global.

Sin advertir la contradicción que significa hablar de una sola aldea, en la nutrida bibliografía sobre los efectos que el fin de la Guerra Fría tiene para la política exterior estadounidense se pueden encontrar una serie de posturas sobre la función hegemónica que le toca desempeñar a la única gran potencia sobreviviente.

El globalismo plantea una serie de problemas al concepto de soberanía. Ésta, entendida como el eje sobre el que se construyó el estado-nación moderno y que garantizó al individuo el disfrute de su vida y de sus bienes, es ahora vista como camisa de fuerza que impide el pleno desarrollo. Por esta razón, es necesario "historiar" el concepto, eliminar sus principios normativos, banalizarlo y transformarlo en simple opinión. En este sentido los comentarios de los funcionarios y académicos estadounidenses son significativos.⁴

En ambos casos los comentarios se refieren a la conveniencia de que los mexicanos realicen una re-lectura, para que re-signifiquen, re-definan, su relación con el país que vino del norte.

Cabe señalar, por evidente, que esa re-lectura significa de un modo u otro el olvido o el abandono del elemento doctrinario, fundamental, liberador, sistemáticamente empleado por los países que, como México, pretendían emanciparse de lo que hasta antes del globalismo se definía corrientemente como colonialismo e imperialismo.

En este reexamen, referido en lo fundamental a las grandes potencias, las tesis del funcionalismo sobre los sistemas de alianza, regionalismo y procesos federativos, instrumentos de distintos procesos de integración para la construcción de una sociedad global, se muestran ahora muy vigorosos. Todos estos instrumentos partían, lo siguen haciendo, del supuesto de la conveniencia de que las partes que la componen ceden su soberanía en virtud de un fin, de alcance global que, a todas las parte involucradas, conviene. Como contraparte, la postura del marxis-

mo aunque postulaba a la URSS como el escudo de los países opuestos al imperialismo, participaba, asimismo de una visión global tanto del conflicto como de sus resultados. Ambos sistemas de alianzas, opuestos entre sí, compartían, la visión de un mismo escenario global que sería dominado por el vencedor del enfrentamiento.

Habiendo el sistema de alianzas defensor de la economía de mercado y de un sistema político plural, vencido al otro de economía planificada, de sistema de partido único, la política externa de aquellos países que habían seguido el portaestandarte de la no alineación, de la no alianza con ningún bloque, deben ahora desandar el camino y buscar afanosamente su incorporación al bloque vencedor. El énfasis en la autodeterminación de los pueblos y en la intervención en asuntos internos fue relegado y se privilegió, como contraparte, el de inserción⁶. El uso de este termino refleja muy bien la intención de quien lo usa puesto que hace referencia a un dentro y a un fuera. El peligro, según los autorizados voceros, como el citado, es el de quedarse fuera, por eso insertarse es la acción a seguir. Cómo hacerlo, a qué velocidad y en espera de qué beneficios son los puntos de la agenda de nuestra política exterior desde que la política de globalización se impuso. Desde esta perspectiva, atrás habían quedado los alegres días de la tercera vía y de las vías nacionales de desarrollo . Ahora en el horizonte domina la idea de un mundo con reglas iguales para todos. La era de excepcionalidad de los desarrollos nacionales, con la disolución de la Unión Soviética , parece haber terminado en forma definitiva.

El camino de Damasco de los países latinoamericanos, entre ellos México, les hace descubrir en la alianza con los Estados Unidos la verdadera vía para resolver sus problemas de atraso. Se abandona en la región la aspiración no sólo de conformar mercados internos y de guardar una sana y prudente distancia con el poderoso vecino del norte y ahora ligan su suerte con la de aquel, repudiando todo lo que en el pasado medio siglo les permitió sustentar su búsqueda nacionalista de autodeterminación y consolidación de su soberanía nacional. En la nueva etapa el crecimiento del sector estatal logrado con tanto esfuerzo fue calificado como desmesurado o, estableciendo un símil con la figura anatómica de moda, se inició la reconversión industrial, adelgazamiento, para hacerlo, simultáneamente, fuerte y esbelto⁷.

GLOBALISMO E INTERDEPENDENCIA

La historia contemporánea muestra numerosos ejemplos de la constante pugna entre las nociones de soberanía nacional, autoridad ilimita-

da, dentro de un territorio limitado y la idea de globalismo, interdependencia mundial, mediante la cual se logra un delicado equilibrio entre las tradicionales autoridades soberanas, nacionales, y las fuerzas emergentes resultantes del desarrollo de las primeras. En este equilibrio, las fuerzas tradicionales cumplen la función de contrapeso para aquellos poderes con capacidad e influencia para cumplir sus aspiraciones globales.. La noción primera de soberanía, se reitera, autoridad ilimitada dentro de un territorio limitado, es un principio filosófico-político, mientras que globalismo, por su parte, es un referente circunstancial de orden económico y geopolítico. En consecuencia, los desajustes entre ambos términos son evidentes y conflictivos.

Los prefijos post-moderno, post industrial son, asimismo, en el contexto que nos ocupa, solamente referentes temporales, de corte pragmático, no teórico, definidos en función de la potencia vencedora en la Guerra Fría, empleados para describir, a las horas que corren, el cambio radical entre las fuerzas que se disputaban la soberanía ilimitada en escala global.

Modificado drásticamente el escenario en el que la noción de soberanía nacional era pieza clave para los países que se querían sustraer a la lógica global del liberalismo y del socialismo, los no alineados, sufren ahora una embestida para adecuarlos a las nuevas condiciones. En esta situación, la esencia de la soberanía, que Bodino definía como el supremo poder de expedir y derogar las leyes, pierde así la capacidad de sustentar el derecho de nacionalización de las riquezas básicas, de su defensa frente al capital foráneo y se convierte en elemento incómodo al que no se encuentra lugar adecuado en la etapa del globalismo.

Concepto clave en la filosofía política por lo menos desde la *Gloriosa Revolución* que le costó la cabeza al rey Jacobo, y siglo y medio más tarde el monarca francés, la noción de soberanía vive en la actualidad un momento en el que a diestra y siniestra se afirma debe ser repensado. Si bien se coincide en que debe refuncionalizarse, no se dice cómo, ni qué implicará para la sociedad y para el gobierno que así lo haga.

Se afirma que la soberanía requiere de una nueva dimensión, una reinterpretación, para adecuarla a los tiempos que corren. No se explicitan, en cambio, los beneficios que, hipotéticamente, se obtendrán de este ejercicio. Tal pareciera que los problemas inherentes al concepto, quién manda, de qué modo, quién obedece, hubiesen sido resueltos y, en consecuencia, ante una nueva realidad, debiera emplearse un nuevo instrumento. Sin embargo, éste ha acompañado a la sociedad contemporánea y los problemas para los que se le utilizó están vigentes.

Soberanía se refiere a mando. Soberano es aquel que manda, que establece las leyes que imperan en la sociedad y que tiene, además, la capacidad para hacerlas cumplir, es decir, de lograr la obediencia a su mandato. Los títulos para este poder y la forma de obtenerlo y ejercitarlo son cuestiones que se han estudiado obsesivamente en el mundo moderno. El mando, sus límites, sus formas de ejercicio y, como contraparte, la obediencia, la aceptación y el compromiso del que es mandado. Manda quien tiene fuerza y, a través de ésta, el derecho. La unión de ambas define la institucionalidad del mando. Este, como en el absolutismo, puede ser un don divino y heredable. O, como se consideró más tarde, derivación de la soberanía popular, representación de la misma, por lo que requería un previo proceso electoral. Diferencia en el ejercicio del mando entre el antiguo y el nuevo régimen no sólo es la división o concentración del mismo, sino su representación personal o impersonal.⁸

Así como el término soberanía es empleado, en sus múltiples formas, para describir, acotar, analizar lo referente al mando, al poder, a la fuerza; el término de globalismo, por el contrario, se emplea con la intención de velar lo que a soberanía se refiere, se reitera, la relación mando-obediencia y su imperiosa necesidad para la sociedad entera.

Los significados de globalismo, son múltiples, pero sin excepción apuntan como valor máximo a la interdependencia, al beneficio. En forma contraria a los usos de soberanía que acentúan la independencia del soberano, sea éste el príncipe, el pueblo o la nación.

En forma paradójica, puesto que en última instancia, de teoría liberal se trata, el globalismo cuando trata de describir el futuro, entendiéndose por éste la etapa posterior a la Guerra Fría, margina la noción de igualdad. Sus más autorizados voceros hablan, sin ambages, de un mundo conformado por tres círculos, o grupos de países. El primer de ellos, el núcleo, representado por las naciones industrializadas de occidente y Japón; El segundo, dependiente del primero, representado por Corea, Israel, etc. El tercero, el más alejado del núcleo, es el que incluye a las naciones hasta ayer conocida como Tercer Mundo, entre las cuales México pese a la fraseología oficial en boga, se inscribe..

¿Para éstas, naciones qué significa globalismo? ¿Significa la aceptación de las reglas del juego establecida por las potencias centrales, vale decir las de mercado, la entrega de las riquezas básicas recuperadas en el proceso de independencia o de conformación de un mercado nacional? ¿Significa, acaso, la aceptación de un destino único, aunque no igual, es decir, un destino común aunque estratificado en una primera, segunda y tercera clase? O, para decirlo más claramente, significa, mediante

vergonzosa elipsis, la aceptación de una dependencia permanente oculta en el globalismo. ¿Significa el globalismo el tan anunciado fin de las ideologías? O, si bien no de todas, sí de aquellas que postulaban posibilidad de desarrollos alternos, de otras posibles conformaciones de la sociedad y de un reparto de sacrificios y beneficios distintos. De aquellas tres ideologías, a saber, nacionalismo, socialismo y liberalismo, ahora ya sólo queda una y en consecuencia, ésta se postula no ya como ideología, sino como verdad única e inalterable. Por otra parte, desaparecido el paraguas que representó para las sociedades del Tercer Mundo la ideología socialista, misma que permitió la aparición de Terceras vías, vías nacionales, equidistantes tanto del capitalismo como del socialismo, toca ahora su turno, ajuste de cuenta con el nacionalismo o, para decirlo en términos hasta hace poco en boga, los populismos latinoamericanos.

En el nuevo contexto, surgido por la desaparición de la URSS, los populismos latinoamericanos ayer denostados por el socialismo y hoy atacados por el liberalismo por ser una rémora de aquel, pasan a ser vistos como reminiscencias, como enfoques equivocados de un grupo de aviesos líderes que se aprovecharon de la ingenuidad política del pueblo, de su inmadurez, emplearon una abundante retórica cuyo centro radicaba en la soberanía nacional, misma que les permitió a los dirigentes dilapidar los ahora escasos recursos nacionales, en una aventura que a las generaciones actuales les toca pagar su costo.

¿Qué beneficios se ofrecen para abandonar la noción de soberanía y aceptar la de globalismo e interdependencia. Se convertirá nuestra sociedad, por el abandono de los principios soberanos y la adopción de un hipotético pragmatismo, en una sociedad rica, justa, democrática. Las tareas inconclusas para alcanzar el desarrollo, se dejarán a cargo de las fuerzas económicas y políticas provenientes del exterior? ¿El recién descubierto pragmatismo, como brújula de la política exterior mexicana, permitirá superar los conflictos de carácter objetivo que se presentan cuando dos sociedades con distintos valores, intereses e historia se ven obligadas a compartir una frontera común? ¿Eliminará el pragmatismo las tensiones que resultan de una incómoda desigualdad? Y, la cuestión toral ¿Cómo entre el fuerte y el débil se logra un acuerdo entre iguales?

Estas preguntas y otras similares asaltan al observador mexicano cuando contrasta soberanía y globalismo. Ese observador sufre desasosiego, cuando recuerda los altos costos que las sociedades han tenido que pagar por la pugna generada cuando los tres personajes de la soberanía, el príncipe, el pueblo, y la nación, han buscado la preeminencia absoluta. En los choques de los personajes históricos se enfatizan distintos as-

pectos del drama del poder, recuerda el observador. Cuando la lucha se ha dado en un escenario local, interno, el príncipe contra el pueblo o el príncipe contra la fuerza universal de la iglesia se han enfatizado los aspectos diferenciadores dentro de una misma sociedad. Cuando así ha ocurrido, se ha establecido una clara distinción, al interior de la sociedad, entre el que manda y los que obedecen. Por el contrario, cuando la lucha se ha dado en un escenario en el que privan los intereses externos, y en el que el príncipe nacional tiene que actuar contra príncipes extranjeros, entre éstos la iglesia en primer lugar y el capital foráneo en segundo, los personajes han apelado a una lealtad distinta, y han adoptando formas de identidad diferentes. Así, lo propio se opone a lo extraño, y el conflicto entre gobernante y gobernado se ha tornado secundario, por no decir irrelevante. Cuando los términos de la lucha han sido definidos en función de la pugna entre un pueblo que participa contra intereses extranjeros, la sociedad se divide no ya en gobernante y gobernados sino en propios y extraños, nacionales y extranjeros. De este modo se produce al interior de la sociedad una profunda fractura que encona los sentimientos y despierta las enemistades. Cuando esto ha ocurrido, al interior de sociedades dadas, México es un posible ejemplo, se ha despertado la lucha interna, fratricida, y la puja se ha visto cumplida en función de un partido favorecedor de los intereses nacionales y otro que, por el contrario, se inclina a favor de los intereses foráneos.

Estas reflexiones, históricas se reitera, son obligatorias para el observador, porque en los últimos sexenios, las leyes que garantizaban la propiedad estatal, han sido modificadas a consecuencia de una ola incesante de iniciativas que el Ejecutivo presenta, para su autorización al Legislativo. La noción de soberanía en el momento actual, al igual que en la etapa del absolutismo, del liberalismo ascendente y del socialismo victorioso, se refiere a la capacidad que tiene el soberano de establecer leyes sobre la propiedad. Si en el primer momento, de acuerdo con Hobbes, el soberano establece las leyes para garantizar la propiedad privada, hoy en día, el gran propietario no es el señor feudal, ni la iglesia, ni el capitán de industria, sino el Estado mismo. Con la aparición del nacionalismo, el Estado se convirtió en el gran propietario y éste excluyó de todas aquellas áreas que consideraba estratégica o importantes, a los capitales tanto locales como extranjeros.⁹ Esto ha sido así en la mayoría de los países del Tercer Mundo por las condiciones vigentes en el momento de su independencia. Este punto de partida los ha obligado a experimentar un capitalismo en extremo tardío, en el que la libre competencia sólo ha favorecido a los países de capitalismo temprano.

La competencia, según muestra la historia al observador, sólo se puede dar entre iguales, o entre fuerzas que tienen capacidad similar. Si esta condición de igualdad no se presenta, entonces se está en presencia de una lucha en la que el fuerte tiene todas las ventajas sobre el débil. La condición de igualdad, sin embargo, no se daba entre los países recién emancipados del colonialismo en el siglo XIX, ni entre los que habían recibido grandes inversiones de capital foráneo a fines del mismo siglo y durante buena parte del actual, por lo cual recurrieron a la teoría de la soberanía nacional y, con ella, al derecho de la autodeterminación, para establecer las bases de un cierto desarrollo autónomo. Esta política se siguió puntualmente hasta hace unas décadas. Un lúcido internacionalista hace el siguiente balance: "En el pasado, es decir, hasta finales de los sesenta, analistas nacionales y extranjeros habían señalado que si bien la política exterior mexicana se caracterizaba por su indudable congruencia en la aplicación de los principios de autodeterminación, no intervención, igualdad jurídica de los Estados, solución pacífica de las controversias y cooperación internacional para el desarrollo, era evidente su desvinculación de la política interna"¹⁰.

* * *

El desmantelamiento de la política nacionalista, aquella que creó las condiciones para que el capital nacional adquiriera fuerza y pudiera, en etapa posterior, establecer una competencia en condiciones de igualdad con el capital de origen extranjero, se hace sobre el credo del globalismo y del neoliberalismo, fuerzas que, se pretende, son naturales, es decir, que responden a fuerzas previas al establecimiento de cualquier gobierno. Esta afirmación sobre "la naturaleza" de las fuerzas del liberalismo y del globalismo tiene como objetivo el descalificar los considerandos nacionalistas y socialistas, mismo que son vistos como argumentos retóricos o, mejor dicho, ideológicos, por no decir, falsos.

Soberanía: principios o resultados.

En nuestro medio la idea de soberanía ha estado íntimamente relacionada con la cuestión de la propiedad, del control de las riquezas básicas y del uso que debe dárseles para beneficiar a la sociedad entera o al grupo que se supone representa al interés nacional. Los usos de estos recursos estratégicos deben tener una función social o estar al servicio de la naciente burguesía nacional para que se fortalezca y pueda competir, en un porvenir indeterminado, con las burguesías extranjeras. Las riquezas, siendo de la nación, puesto que la única garante de que no volvieran inmediatamente a manos extranjeras, debían orientarse a la satisfacción de las necesidades más urgentes de toda la sociedad, en particu-

lar los *inopes*, los pobres, y no sólo para permitir el fortalecimiento de los poderosos.

La cuestión, se reitera, de si la riqueza básica debe orientarse a satisfacer los intereses nacionales, sociales, o los intereses privados, es la cuestión que se discute obsesivamente en nuestro medio desde las primeras décadas del siglo. Casi al final del mismo vuelve, triunfadora, la tesis que señala a los intereses privados como los más capacitados para poseer, administrar y multiplicar la cada vez más cuestionada riqueza del país.

En este contexto, es conveniente recordar que la idea de soberanía, en nuestro medio, surge de la necesidad, que los sectores más dinámicos y lúcidos, advierten desde los primeros años del siglo XX de controlar las riquezas básicas para poder competir con el capital foráneo. La evidente injusticia que prevalecía en esa sociedad no sólo se refería a los sectores más débiles. Asimismo alcanzaba a la burguesía mexicana que se sentía desplazada de los negocios sustantivos. La clara percepción que tenían de su debilidad, les obligó a recurrir a la idea de soberanía nacional y a realizar un balance de lo que habían significado para México las relaciones con su vecino.

* * *

En forma obsesiva los Estados Unidos de Norteamérica han aparecido vinculados a la historia mexicana. En presencia y en ausencia, por referencia o por omisión han servido para moldear el significado de soberanía nacional. Desde la primera etapa del México independiente, en la que se inician las relaciones exteriores del país, sus gobernantes gustaban de suponer que las dos naciones tenían un destino común, puesto que ambas habían surgido de un proceso emancipador y ambas habían adoptado el mismo principio de república federativa. Sin embargo, este supuesto duró sólo el tiempo necesario para que los Estados Unidos expresaran sus designios sobre los territorios vecinos.

El tema de la guerra, a partir de ese momento, sería una constante en las relaciones entre ambos países. El asunto de Texas y, posteriormente, lo relativo a California, Nuevo México y Arizona mostró a los gobernantes mexicanos en forma muy clara que la idea original había sido un colosal error, cuyos resultados habían conducido directamente a la pérdida de territorios y, además, de la confianza en los propios mexicanos. Don Manuel Peña y Peña, en su informe del 7 de mayo año de 1848 realizaba un balance de la guerra del 47 y apuntaba lo siguiente::

“Los territorios cedidos no se pierden por la suma de quince millones, sino por recobrar los puertos y ciudades invadidas; por la cesación definitiva de todos los males, de todo género de horrores y, en fin, para aprovechar

la ocasión que presenta la providencia de organizar regularmente a un pueblo que no ha cesado de sufrir durante los últimos treinta años”¹¹.

Por su parte, don José Joaquín de Herrera en su informe de ese mismo año afirmaba con clara conciencia de lo que significaba la derrota:

El tratado ha puesto término a una guerra desastrosa, coloca la paz celebrada con los Estados Unidos bajo la Ley suprema de las naciones. La amistad con aquella república será cultivada por México con la lealtad propia de un pueblo civilizado, justa en su política y franca en sus designios”

Para ambos políticos, así como para distinguidos intelectuales de la época, era evidente que el enfrentamiento había evidenciado las carencias de una sociedad, al tiempo que mostraba las fortalezas de otra¹². A partir de ese momento, el tema de “la grandeza mexicana” fue proscrito y, en su lugar, apareció el del trauma de su historia. El choque con los Estados Unidos introdujo en la cultura mexicana las imágenes del yunque y del martillo como elementos indispensables para la forja de una nueva sociedad. Al mismo tiempo, en las relaciones exteriores se aceptó que, por debilidad intrínseca de nuestra sociedad, se debía recurrir a la ley internacional como único recurso del débil frente al fuerte

Pese a todo, la política mexicana partía del supuesto de su independencia y de que, para preservarla debía, primero, organizar a la sociedad y, segundo, mantenerla alejada de su poderoso y temible vecino. Las referencias a éste en los informes presidenciales de la época muestran claramente la distancia que había entre los vecinos, pues sólo dan datos de una frontera bárbara, llena de indígenas trashumantes, forajidos y salteadores de distinta calaña. En síntesis, la frontera era algo lejano en tiempo, distancia y, sobre todo, preocupaciones. Estaba ahí como obstáculo deseado y no como elemento a ser vencido. El comercio recíproco es un tema que sólo recibe una mención aislada que contrasta con la importancia que se le daba a los asuntos pendientes de colindancias, incursiones y, por elipsis, al problema del mando, de la soberanía.

Será al voltear el siglo que vuelve a darse importancia a la relación con el país del norte. Don Porfirio Díaz en su informe del 16 de septiembre de 1901, al hablar de ella, decía que: “no se verá afectada porque descansa sobre bases sólidas y duraderas. Los conflictos con esa nación (los EE:UU:) son cada vez menos y se incrementan los puntos de contacto”

A la vuelta de un siglo, los gobernantes de México habían cambiado su perspectiva sobre los Estados Unidos. De considerarlos como sus iguales, por su proceso emancipador y su conformación política, pasaron a una relación incómoda y a darse cuenta de las inconveniencias que existían entre un país con un claro designio expansionista y otro que no

acertaba a constituirse como nación moderna. El periodo de guerras y de convulsiones internas dio lugar a una etapa en la que la inversión extranjera fue considerada conveniente para evitar el ya inocultable atraso. Sólo la revolución mexicana tuvo el aliento necesario para reexaminar este modelo de desarrollo y hacer un balance de lo ocurrido en la etapa final del siglo XIX. Las doctrinas de soberanía, autodeterminación fundamento del modelo nacional revolucionario fueron la base de las relaciones con los vecinos asimétricos.

Es conveniente señalar que el espíritu que animó a los constituyentes de 1917 era fundamentalmente práctico. Sus anhelos doctrinarios, si así pueden ser nombrados, eran menores a su voluntad de sentar las bases de un capitalismo nacional, mismo que había sido obstaculizado, en forma paradójica, por los evangelistas del liberalismo foráneo. Los constituyentes buscaban a través del Artículo 27 constitucional alcanzar los resultados que la doctrina de la libre competencia les había negado a los empresarios mexicanos. Su espíritu práctico les orilló a buscar en el Estado la protección de la que carecían; buscaban resultados no principios y por ello recurrieron al establecimiento de un orden que favoreciera, por vez primera en nuestra historia, a los nacionales y no a los extranjeros.

Como sucedió en otras latitudes el nuevo orden se convirtió en dogma y los ataques que desde el liberalismo y del socialismo se le hicieron, fueron considerados oficialmente como herejías desnacionalizadoras. El proceso, es bien sabido, culminó con la expropiación petrolera, misma que es considerada por muchos como la verdadera gesta nacional porque, por vez primera, los recursos estratégicos tenían como destinatario al propio país y no a los intereses foráneos.

La recuperación de las riquezas estratégicas, su regreso a la nación, propietaria original, tomó casi veinte años; durante ellos la doctrina de la soberanía nacional se convirtió en elemento sustantivo que justificó, ante su pueblo, a la acción oficial. La indiscutibilidad del dogma, sin embargo, perdió su vigencia cuando la situación internacional se modificó y con ella la noción de soberanía, como quedó apuntado, perdió fuerza. De columna fundamental de la política exterior se transformó en cita retórica empleada para acallar las denuncias sobre una gestión pública poco acorde con las necesidades sociales.

En síntesis, el contexto del globalismo la soberanía puede tener una doble acepción. La primera, se refiere a la autodeterminación y al control que el Estado debe ejercer sobre las riquezas estratégicas, que son las únicas que le pueden garantizar la autodeterminación de sus decisiones. La segunda, la de considerarla un principio determinado por las si-

tuaciones históricas y, en consecuencia, variado éstas, se modifica sustantivamente el principio. La reiterados comentarios de Clinton y de los congresistas estadounidenses sobre la soberanía mexicana a la que califican ya de reminiscencia del socialismo, ya ficción, ya de anacrónica, etc., permiten inferir que la tendencia que tratan de imponer es precisamente la de relativizarla y ubicarla en la lógica imperante.

Por otra parte, el problema que se plantea en el momento de redefinir la soberanía es el siguiente. Si soberano es aquel que dicta la ley y tiene la capacidad de hacerla obligatoria ¿qué sucede cuando la ley se dicta en otro país y los beneficios son para los súbditos de otro Estado? ¿Qué puede suceder cuando el gobierno local se ve como una mera satrapía o mero instrumento pretoriano? Si el ciudadano está convencido de que su propio gobierno ya no es quien dicta las leyes, entonces se pregunta: ¿Por qué aceptar la obediencia a un gobierno si éste es sólo un intermediario?

Cuando así ocurre, la hipotética soberanía local se convierte en un simple agente de intermediación, un gestor de los intereses metropolitanos y en instancia controladora, que no rectora, de la vida política interna del país. Tal vez para evitar esa impresión es que el actual gobierno, en forma paradójica, en su *Plan nacional de desarrollo. 1995-2000*, se ocupe en primer término de definir lo que la soberanía entiende al final del siglo XX. La cita del documento, aunque amplia, es pertinente: "La soberanía es el valor más importante de nuestra nacionalidad; su defensa y fortalecimiento son el primer objetivo del Estado mexicano. La soberanía consiste en asegurar la capacidad de los mexicanos para tomar libremente decisiones políticas en el interior, con independencia del exterior. Por eso, la soberanía no reconoce en el país poder superior al del Estado ni poder exterior al que se subordine. En ejercicio de nuestra soberanía construimos y reconocemos intereses propios, nos proponemos metas colectivas, defendemos lo que nos atañe y promovemos el lugar de México en el mundo"¹³ La definición de soberanía, desde el punto de vista técnico, es impecable. Las preguntas, simples, que ansiosamente se formulan son: ¿Por qué no coincide el dicho con el hecho? ¿Por qué no se defiende lo que nos atañe? ¿Por qué se acepta la subordinación a un poder exterior?

De la respuesta que se de a las interrogantes formuladas dependerá que la fractura social que estamos viviendo no se profundice, ni se polaricen las fuerzas en partidos irreconciliables con proyectos nacionales distintos. Este y no otro es el momento de volver a reflexionar con Hobbes sobre el grave peligro que significa la división. El célebre filósofo señalaba en una de sus bien conocidas máximas: Un reino intrínsecamente dividido no puede subsistir.

Los evangelistas del globalismo están convencidos y han convencido a nuestros gobernantes

que su propuesta es ya un hecho cuya fuerza irresistible arrasará a todo lo que se oponga. El ejemplo más citado es el del desmantelamiento de la URSS, así como la aceptación de la economía de mercado en los países que, como el nuestro, contaban con el Estado como vigoroso elemento económico rector de la economía.

La aparición de fuerzas nacionalistas en la antigua URSS es vista como epifenómeno de la desaparición del socialismo, en otras palabras, como un arcaísmo, y no como una fuerza capaz de representar una opción alternativa. Sin embargo, esta perspectiva menosprecia los altos costos que representa la adopción del neoliberalismo y de la reconversión industrial. Desestima los riesgos de una fractura que escindiría la actual y frágil integración nacional.

NOTAS E REFERÊNCIAS

1. Ejemplos de esa bibliografía son: Hogan, Michael J., ed., *The end of the Cold War. Its meaning and implications*, Cambridge University Press, 1993 y Harries Owen, ed., *America's purpose. New visions of U. S. Foreign Policy*, National Interest, Delhi, 1993.
2. Krauthammer Charles, *Universal Dominion*, en *America's purpose*, p 11
3. Lewis Gaddis John, *Toward the Post-Cold War World*, *Foreign Affairs*, Spring 1991, p. 103
4. Cfr. Erfani Julie A, *The paradox of the mexican state. Rereading Sovereignty from independence to NAFTA*, Lynne Rienner Publishers, Boulder London, 1995. En lo referente a las opiniones de los funcionarios baste recordar las palabras que el Presidente William Clinton expresó a los legisladores mexicanos en la visita que éstos le hicieron el año pasado durante la reunión interparlamentaria, celebrada en Wáshington.
5. Aquí cabe recordar las publicitadas palabras de Francis Fukuyama contenidas en su discutido y discutible texto *¿El fin de la historia?*: "Pero el siglo que comenzó lleno de autoconfianza en el triunfo final de la democracia liberal occidental, al terminar parece completar el círculo en donde comenzó: no con "un fin de la ideología" o una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se predijo tempranamente, sino con una descarada victoria del liberalismo económico y político". Fukuyama Francis, *¿El fin de la historia?* El gallo ilustrado, suplemento de El Día, abril 20, 1990, p 2
6. "Sobre la base de este diseño de política interna, la diplomacia mexicana se concentró en proyectar de manera dinámica los intereses internacionales del país y en sembrar las alianzas fundamentales del Estado mexicano en esta etapa de reactivación económica y nueva inserción en los asuntos mundia-

- les". Rozental Andrés, *La política exterior de México en la era de la modernidad*, F.C.E., 1993, p. 46.
7. Baste recordar las palabras del entonces presidente de la república, licenciado Miguel de la Madrid: "La racionalización del quehacer público ha partido de una definición clara y moderna del papel que tiene que desempeñar el Estado en la economía y en los fines que han de orientar su acción. La sociedad mexicana no quiere un Estado débil, con déficit crónico, cuya dimensión o intervencionismo indiscriminado le resten capacidad de acción eficaz y conducción clara." *Quinto Informe de Gobierno*, Secretaría de Gobernación, 1987, p. 5
 8. "En oposición al hombre medieval, el hombre moderno prefirió someterse al poder ininfluenciable e impersonal de la ley. El ideal de la impersonalidad y objetividad se presenta en el mundo moderno como un principio estructurador del estado" Heller Herman, *La soberanía. Contribución a la teoría del derecho estatal y del derecho internacional*, UNAM, F.C.E: México, Segunda edición, 1995, p.85
 9. La nacionalización se fundamentó en la función social de la propiedad: "Esta concepción permitió a las repúblicas sudamericanas nacionalizar o expropiar a las principales industrias: las del petróleo y del azufre en particular, así como las empresas de interés general como los ferrocarriles, la radio, el telégrafo, etc. Desde ese momento, sin negar el dese de socializar verdaderamente la vidas económica y política, y sin menospreciar los resultados obtenidos en ese sentido por esos países relativamente nuevos, debemos constatar que la realización de la idea de nacionalización sigue en ellos un camino que les es propio y aparece como un medio de socializar la vida económica en general y de liberar al mismo tiempo a esta última de la influencia extranjera.". Katzarov Konstantin, *Teoría de la nacionalización. (El Estado y la propiedad)*, UNAM, Mexico, 1963, p. 168
 10. Rozental Andrés, *op. cit.*, p. 48
 11. Esta cita, así como las de los otros informes presidenciales señalados, están tomadas del texto de Ampudia Ricardo, *Estados Unidos de América en los informes presidenciales de México*, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, S:R:E:, México, 1993
 12. El comentario que a continuación se incluye refleja en forma y fondo lo que varios hombres de esa época opinaban sobre el significado de la guerra: "México, pues, se encontraba frente a frente de su ambicioso adversario; iba tal vez a arrancarle la careta para descubrir sus exageradas pretensiones, pero luchando, preciso es decirlo, en un campo enteramente nuevo: más fuese como fuese, siempre nuestro gobierno daba un paso prudente y político al prestarse a oír las proposiciones de los Estados Unidos, pues así se iba a saber de una manera solemne , cuáles eran aquellas pretensiones: de este modo la inocencia de nuestra patria iba a ponerse en claro, y el mundo todo iba a conocer la justicia con que por nuestra partese había sostenido una guerra, que nos humilló si se quiere, pero que en manera alguna dio alguna gloria a nu-

estros adversarios”, Alcaraz, Barreiro, *et. al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, México, 1970, p. 264

13. Poder Ejecutivo Federal, *Plan nacional de desarrollo 1995-2000*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1995, p.3